

## Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 20.09.2011

La quinta característica del buen celo que deben tener los monjes es una “Bienaventuranza fraterna”: “*Caritatem fraternitatis caste inpendant* – se entregarán desinteresadamente al amor fraterno (literalmente: se dediquen castamente a la caridad de la fraternidad)” (72,8).

La “*caritas fraternitatis*”, el amor fraterno, es la gran novedad que Cristo ha traído al mundo, la gran redención del pecado original y de sus consecuencias que Cristo ha cumplido muriendo en la Cruz por nosotros y resucitando. Porque el primer gran pecado que se cometió, tras el pecado original, fue la ruptura del amor fraterno: Caín, que odia y mata a su hermano Abel (cfr. Jn 4,1-16). Los dos primeros hermanos de la humanidad son los actores de la primera escena de envidia, de odio y violencia de la historia. Y, de esta manera, apareció la muerte en el mundo. El primer muerto de la historia no fue Adán al morir de vejez, sino un hermano muerto por su hermano. El primer muerto fue un asesinato. La primera muerte fue un fratricidio.

Jesús ha vivido y anunciado en palabras y obras el Evangelio de la caridad fraterna, y lo ha hecho revelando al Padre, el amor del Padre, que Dios es Padre. Pero solo después de haber asumido, sufrido y redimido la muerte de Abel en su cuerpo, la caridad de la fraternidad ha podido resurgir con Él en la humanidad.

Las primeras palabras del Resucitado anuncian esto a María Magdalena: “No me toques, porque todavía no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y diles: ‘Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios’.” (Jn 20,17)

De esta forma, la caridad fraterna es la obra, el don, el carisma principal del Espíritu Santo, insuflado sobre nosotros en Pentecostés, que lleva a cumplimiento y dilata en la Iglesia el misterio pascual. Nuestra primera y principal participación en la vida resucitada de Cristo es la caridad fraterna, reflejo en nosotros y entre nosotros de la Trinidad, porque, decir “caridad fraterna” significa aludir al Padre, que nos hace hijos en el Hijo por medio del don de la caridad del Espíritu Santo.

La caridad fraterna es el reflejo más explícito de la Trinidad en el mundo. Es como un sacramento en el que la Trinidad se manifiesta y se da al mundo. “Que todos sean uno; como tú, Padre en mí y yo en ti, que también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado.” (Jn 17,21)

Por esto creo que el reclamo de san Benito a la castidad, en el vivir la caridad de la fraternidad, debe ser comprendido, antes que en sentido moral, en el sentido sobre todo del sagrado respeto que debemos tener frente al misterio divino que la “*caritas fraternitatis*” representa. La caridad fraterna es, sobre todo, una realidad sagrada que la Trinidad nos participa por la misericordia del Padre, por la pasión, muerte y resurrección del Hijo y por la efusión del Espíritu; como la Eucaristía. La caridad fraterna es, sobre todo, un misterio divino que Dios ha puesto entre nosotros, y todos los sacramentos, a partir del Bautismo, nos participan o restauran, este misterio entre nosotros.

La castidad consiste, sobre todo, en el reconocer este misterio, más grande y profundo incluso que nuestras continuas faltas de caridad fraterna. Aquello que Dios ha puesto en nosotros, en la comunión entre nosotros, en la Iglesia para toda la humanidad, en nuestra comunidad para toda la Iglesia, es siempre más grande, profundo y sagrado de lo que somos, de los defectos que tenemos, de los comportamientos que tenemos, del pecado que existe en nosotros y en nuestros hermanos y hermanas. Reconocer esto, contemplar en nosotros este misterio, por ejemplo, cuando celebramos juntos la Eucaristía, cuando oramos juntos, cuando decimos juntos el Padrenuestro, cuando vivimos en comunidad momentos intensos de fiesta o de dolor, pero también cada vez que nos encontramos, que nos miramos los unos a los otros...; reconocer en todo esto el misterio sagrado de la fraterna caridad en medio de nosotros, es el fundamento y la fuente de la castidad en las relaciones. La castidad no es, sobre todo, una privación, un no hacer ciertas cosas, el no tener ciertos pensamientos o el no probar ciertos sentimientos. La castidad es la consecuencia y el esplendor de la memoria del misterio que Dios ha puesto en nuestras relaciones humanas, en todas las relaciones humanas; la memoria del misterio de Cristo en medio de nosotros, que nos da su Espíritu de caridad filial y fraterna.

La caridad fraterna, reconocida como realidad y gracia divina, es la fuente de nuestra castidad, también afectiva y sexual. Porque la caridad fraterna es la relación justa, redimida, liberada, salvada, que nos es dada por Cristo y en Cristo. La caridad fraterna es la verdad de todas las relaciones, también de la relación entre dos esposos, de la relación entre padres e hijos, e hijos y padres, de la relación entre compañeros de trabajo, o de la relación más ocasional que se dé, como la del controlador del tren y la de la cajera del supermercado. Ninguna relación se cumple si no se comprende en el don de la caridad fraterna. Y la caridad fraterna dada por Cristo es tan grande y profunda, y correspondiente al deseo de cada corazón, que ninguna relación o encuentro es ya verdadero para nosotros si no lo vivimos dentro de esta relación. Es un don tan grande y gratuito que, si no estamos dispuestos a transmitirlo a todos y en cada ocasión, aunque banal, renegamos de Cristo y volvemos a cometer el pecado de Caín, pero con mayor responsabilidad respecto a Caín, porque él no conocía aún la redención de Cristo...

Por esto, nosotros que estamos llamados a la vida monástica cenobítica, es decir, a ser totalmente consagrados al Señor consagrándonos a una comunidad fraterna, tenemos como vocación específica el deber de cultivar la caridad fraterna como testimonio prioritario, y también la castidad que está ligada a ella, como testimonio específico de que la Iglesia y el mundo tienen siempre necesidad de acoger esta verdad y gracia, que salva y renueva todas las relaciones humanas, transfigurándolas en comunión.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist.*